

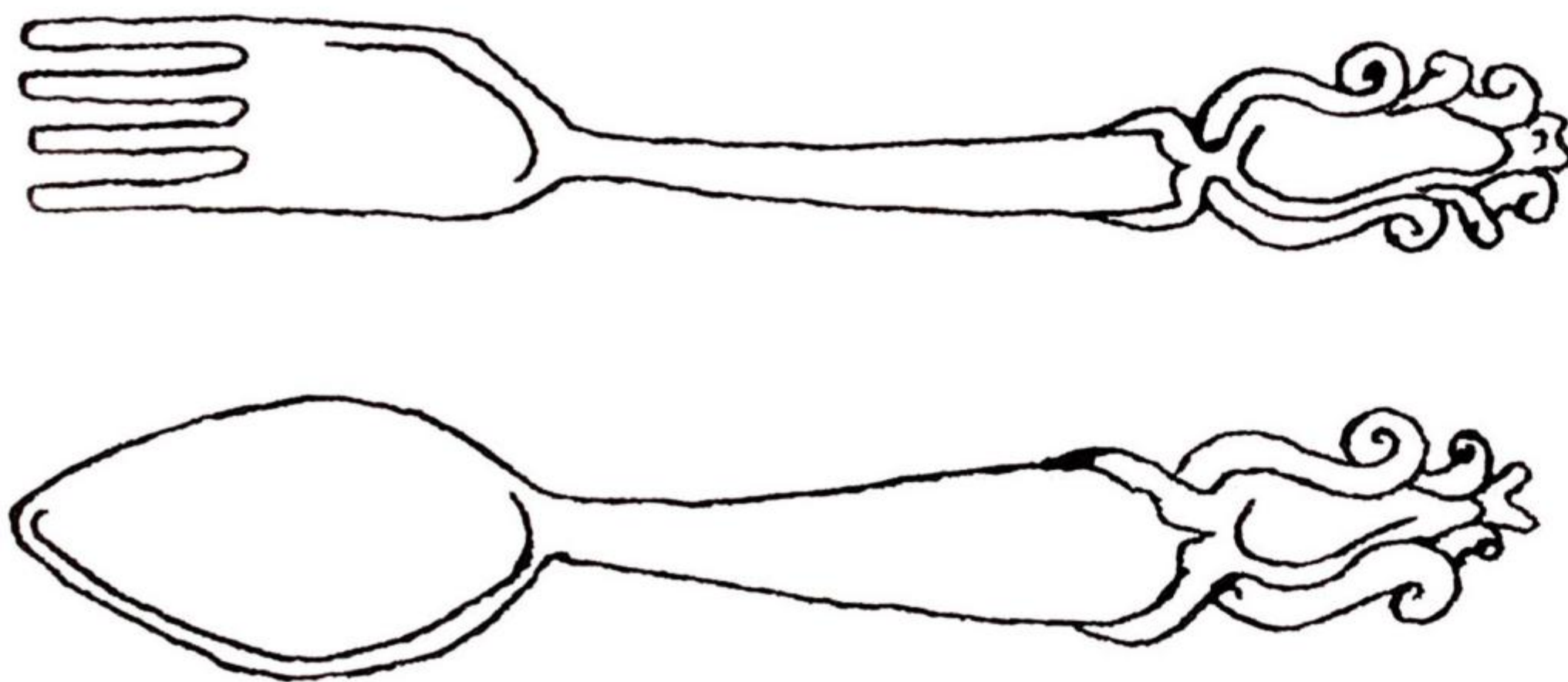
listas, de Denzil Romero a Gabriel García Márquez, le han seguido con devoción los pasos. Y si bien antaño la insultaron, en nuestros días varias madres le han puesto el nombre suyo a sus hijas como el reconocimiento a una mujer libre y sin tapujos.

Pero ahora Silvia Miguens, la novelista argentina radicada en Bogotá, la muestra, con tranquila naturalidad, en el final de sus días, cuando en Paíta, un puerto de pescadores en el Perú, toda la historia parece conjugarse, cristalizada en un instante decisivo. Allí es donde revive sus orígenes de hija natural de don Simón Sáenz y Vergara, "capitán de las milicias del Rey y recaudador de los diezmos del Cabilo de Quito".

mujeres las que van a erguir de nuevo ese mundo extinto sin remedio.

El mundo se apareció frente a mis ojos entonces como eso que era realmente, una policromía de sangre, plumas negras, ponchos azules de Castilla, el óxido de hierro de los cañones, la plata de las hojas de los sables y los cuchillos, y yo mera igual a una encarnadota que tuviese que abrillantar la realidad frotándola con una vejiga de carnero para resaltar los colores. [pág. 81]

Es en este punto donde se cruzan las trayectorias individuales con el horizonte colectivo. El Bolívar que había proclamado: "Inventamos o



Donde el célebre trío de su ama de leche y sus dos criadas la inician en esa cultura popular, indígena-africana, de ensalmos, conjuros y hechizos. Seducida por Xavier Malo y casada con el inglés James Thorne se prepara, en alguna forma, para afiliarse a la empresa de la Independencia, literalmente encarnada en su amado Simón Bolívar.

Pero la fascinante constelación de figuras que ahora giran en su órbita crepuscular —el narrador estadounidense Herman Melville; el preceptor de Bolívar, el rusoniano Simón Rodríguez; o el libertador de Italia, Garibaldi, hombres los tres que estuvieron en Paíta, amplían el recuento en una desbordada extrapolación imaginativa.

También las figuras de Sucre y San Martín se unen a este cortejo añorante. Y son las voces de las

erramos" se une con la desprejuiciada mujer que se ha hecho a sí misma, en una personal escala de valores: "El general supo que el amor nace de una decisión libre. De la aceptación voluntaria de la fatalidad" (pág. 106). Para él Manuela Sáenz inventa el amor acompañándolo en la lucha, compartiendo sus zozobras, acrecentando sus odios, dándole a la vez guerra y paz, como lo atestiguan cartas de Bolívar, enfebrecidas y espléndidas, en su pasional desborde visionario.

Es sobre estos textos que la novela se sostiene, crece y se eleva, para mantener así su zigzagueante electricidad poética: "Con lo que sea general, con uñas y dientes, con mentiras, con traiciones, con intrigas y venganzas. Una mujer protege de cualquier manera la vida de aquello que ama" (pág. 134).

Con ese tono, a la vez agudo y sensible, documental y romántico, Silvia Miguens nos ha restituido con óptica de mujer, que conoce bien la renovada tradición latinoamericana de la novela histórica, la Manuela Sáenz que nos hacía falta.

Tan exacta en la ficción como admirable en esa realidad que la acosó con sus retrasados prejuicios y su guerrilla infatigable contra el general Francisco de Paula Santander. Pero ella, honesta e íntegra, caprichosa y desmelenada, parece avanzar contra el tiempo y encarnar lo que de prometeico haría en esa gesta, que si bien cambió nuestra historia, también cambió, hasta la médula, a los muy humanos seres humanos que la llevaron a cabo.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Las exageraciones, la intención grotesca, los comentarios agrios

Espárragos para dos leones

Alfredo Iriarte

Seix Barral, Novela Breve, 1999, 272 págs.

Alfredo Iriarte fue conocido sobre todo como colaborador del diario El Tiempo y por una serie de novelas de crónica histórica y varias obras satíricas.

Espárragos para dos leones pertenece también a este último género, se desarrolla en la república de Palumbia, en la ciudad de San Antón de Tibzaquillo, y los personajes son de la más recia estirpe. Iriarte recrea una Bogotá y un país de su imaginación y elabora una serie de personajes de recio abolengo: doña Amalasunta Ponce de Alfaneque y Manso de Jarama, esposa de don Metafrasto Esparragoza y Manso de Jarama, de cuya unión, realizada a la fuerza,

intentando mantener la sangre de la noble familia, nace un único hijo, el protagonista Trimegisto Esparragoza y Ponce de Alfaneque.

Ahora bien: la novela se inicia con la muerte de éste, acontecida cuando su primogénito contaba apenas cinco años, y de cuya educación se encarga, dentro de los cánones más estrictos, su señora madre, beata, amargada y convencida de la limpieza de su sangre.

Don Metafrasto fue obligado por su familia a contraer nupcias con su prima, para no fraccionar la familia y el abolengo, pero su vida dista de ser un dechado de virtudes. Es entonces cuando sale a flote el estilo tan característico de Iriarte:

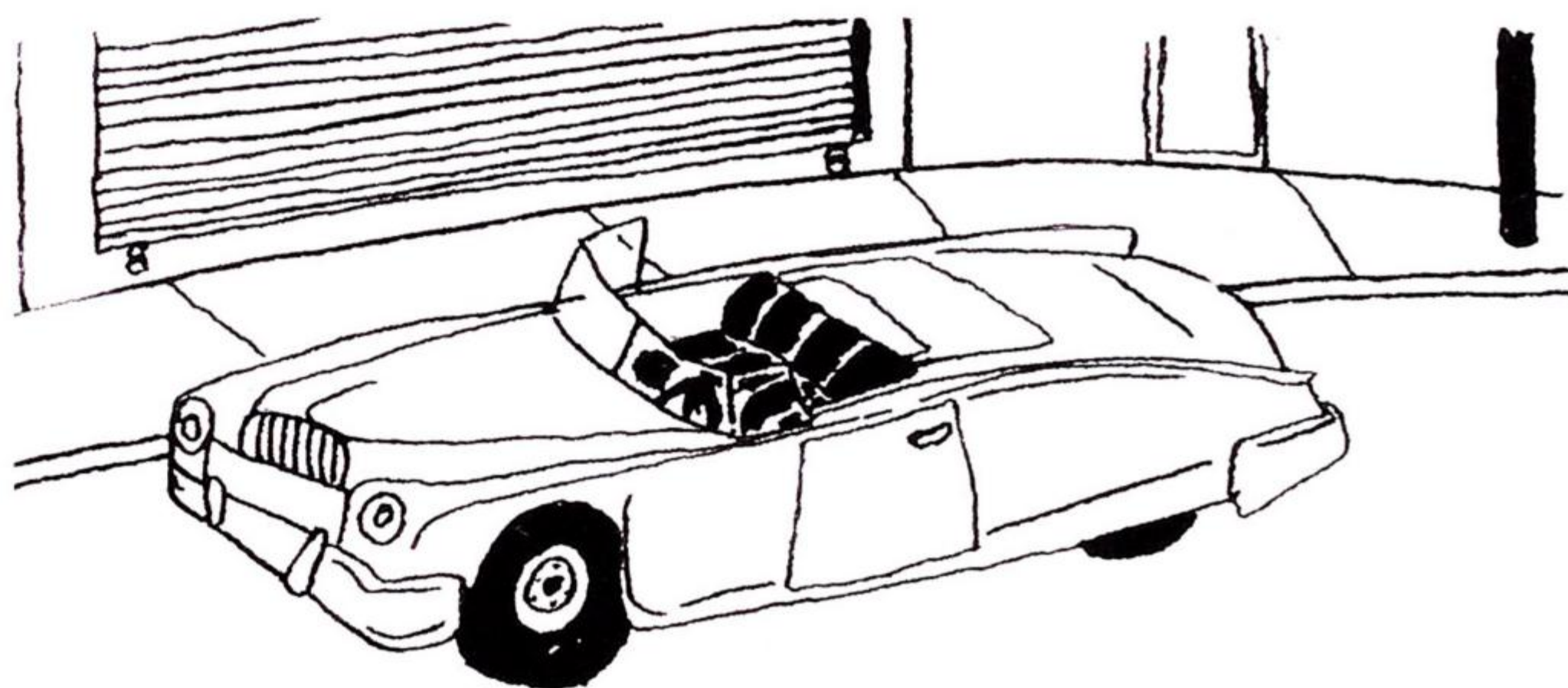
...Entonces madrugó a follar como un demente. Un priapismo como caído del cielo le permitió hacerlo con intensidad y frecuencia de bestia mitológica. Y aunque varias veces condujo a dóciles hetairas a las cabañas que él llamaba donosamente "las polveras", cuando el viaje era, o le parecía demasiado largo, ganaba tiempo derribándolas a la intemperie como en sus lejanas mocedades, sofaldándolas a toda prisa, poseyéndolas de urgencia, enlodándose las rodillas y emboñigándose las pelotas como el más neófito y chapucero de los jodedores. [pág. 46]

Las exageraciones, la intención grotesca, los comentarios agrios y un humor que más que negro se desvía hacia lo asqueroso son el paral de la novela.

Desde un punto de vista feminista, ofenden las descripciones, recrea el imaginario colectivo de la perfidia de las mujeres y se las define siempre de forma brusca, comparándolas generalmente con animales; son buenas "para copular" o, en caso contrario, arpías, beatas y descorazonadamente espantosas:

La acrocefalia que acompañaba a Venancia Rebollete desde su nacimiento le imprimía a cierta distancia una siniestra semejanza con los penitenciados de la Santa

Inquisición [...] Una cabellera indómita y grasienta cubría a saltos aquel cono mal tallado donde los pelos anárquicos parecían negarse a cubrir las frecuentes lagunas alopécicas en las que apenas florecía un musgo amarillento [...] de los ojos, afectados [...] pendían [...] unas lagañas de coloración y apariencia purulentas [...] la más protuberante era su monstruoso prognatismo [...] y cuya acabada forma de orinal provocaba en todos los hombres que la miraban de perfil unas ganas incontenibles de mear. [págs. 106 y 107]



En caso contrario, la hermosa maligna, ordinaria, claro, prostituta, fácil, estúpida y de mal gusto:

Allí estaba, prodigando bienvenidas, con su rostro irrepetible de walkiria levemente aindiada; con sus imponentes modillones pectorales, erectos, macizos y capaces de dar sombra generosa a varios Trimegistos; con sus piernas de carnadura succulenta, con sus ancas de yegua rejoneadora que habrían puesto... [pág. 139]

Y así se comporta el género femenino:

Súbitamente este denso silencio se vio extrañamente alterado por un sordo mugido de arrechera que empezó a levantarse y a crecer entre la nutrida hueste de hembras hasta ese instante adormecidas [...] En cierto momento volvió hacia la izquierda y en ese punto se topó con la única hembra que, aún aletargada, había permaneci-

do al margen del sismo cachondo. [págs. 209 y 210]

El macho es hombre porque, "copula" o "culea" de cualquier manera y con cualquier hembra que se le atravesase. Por eso la novela dedica las primeras páginas a situar al lector en las aventuras del padre del protagonista, violador de cuanta mujer se acercaba, y digo violador porque no hay sensualidad, sino un mero impulso animal que Iriarte se complace en reiterar a lo largo de su obra. Cuando no hay avatares sexuales por parte del macho, se desglosa una

función escatológica que la goza aún más, porque no logra soltarla en toda la novela.

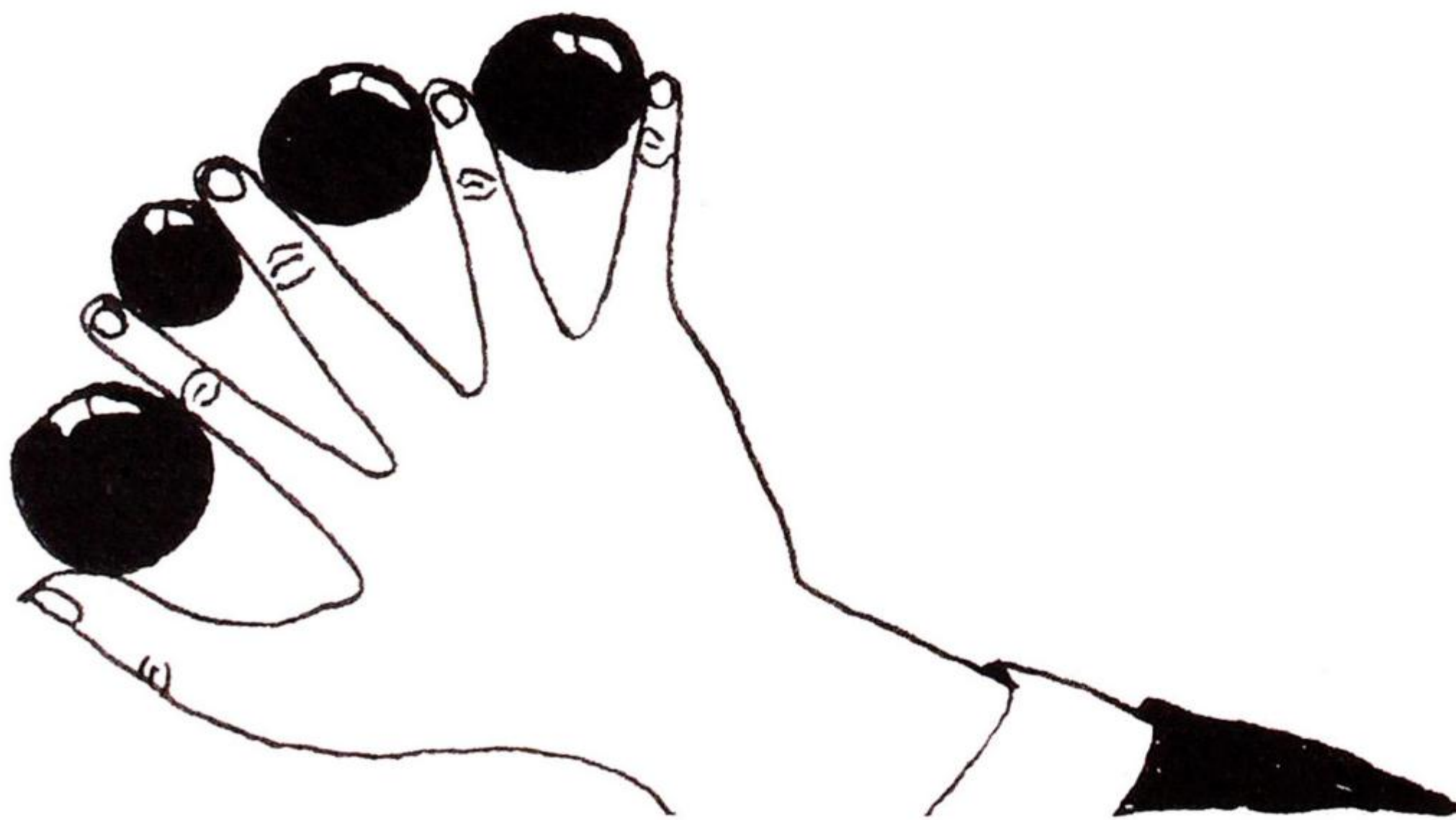
Vemos entonces el instante en que Esparragoza se ve obligado a casarse con su prima y:

Se plantó frente al espejo y se vio tan ridículo que atravesó por su mente el mal pensamiento de mandar todo a la mierda, fingir una impotencia contumaz (lo cual no sería difícil), incoar el proceso de nulidad matrimonial, cagarse en la progenie de don Gundián, zambullirse en sus predios rurales y culear hasta la senectud con sus amadas mestizas de vientres infecundos y carnes deleitosas. [pág. 57]

Pero Trimegisto no es digno heredero de la conducta de su padre; educado en su casa, la madre férrea impide que el vástago tenga contacto con el mundo exterior, que considere no sólo impío sino impuro. El

muchacho, bajo de estatura, corto de piernas, resulta ser una eminencia; estudioso y casto, parte a Inglaterra a terminar sus estudios. Regresa igualmente virgen, hace una remezón en los bienes heredados de su padre, se sitúa como el mejor, se alía con su primo, que, al contrario de él, posee una excelente presencia física y fama de donjuán pero un pésimo lenguaje y, con el tiempo, no sólo acrecienta su fortuna sino que es candidatizado y elegido presidente de la república.

Un día Trimegisto tiene la desgracia de conocer a una mujer que, como ninguna, hace tambalear sus esquemas. Hija de un alemán, soldado de Hitler, y de una secretaria, Brunilda, voluptuosa y ordinaria a morir, lo llevará finalmente a la muerte, cuando días antes de contraer nupcias lo abandona por seguir tras un italiano infatigable sexualmente. Trimegisto pierde la cabeza y el buen sentido del que siempre se preciaba, su primo lo encuentra revuelto en sus propias heces y finalmente muere en un hospital, vociferando como nunca, aterrando a las pacíficas monjas con un lenguaje desconocido hasta ahora. La locura obedece, además, al haber recibido una transfusión de sangre negra que fluye y reemplaza la suya, tan limpia por generaciones.



La novela posee una muy buena estructura, los personajes están muy bien creados y el autor se las ingenia para lograr una trama que se

puede seguir a pesar de ese estilo que tanto ha procurado el autor:

Las tripas comenzaron a sonarle en forma desconcertada y estruendosa hasta el extremo de que de nada valieron sus toses fingidas y el mayor volumen que imprimió a la música. Los inclementes borborismos seguían recorriendo de uno a otro extremo la región entérica de Trimegisto en una detestable cacofonía ventosa que desafiaba todo conato [...] La borrasca gaseosa que el miedo había desatado en los entresijos del candidato no amainaba con nada [...] Era una barahúnda de flatulencias cautivas que en un momento dado fueron rugidos estentóreos [...] [pág. 192]

Indudablemente, Iriarte goza con el manejo de un lenguaje, construye con maestría ciertos ambientes, acusa una infatigable erudición, pero esa tendencia hacia lo burdo, la reiteración obsesiva de los temas escatológicos, la crítica a la sociedad, sostenida sobre los fluidos corporales, tendrán gracia sólo para algunos que gusten de este tipo soez de construcciones.

Al instante la calle quedó inundada por un amasijo nauseabundo en el que se mezclaron los

entresijos del burro con el repelente contenido [...] y cayó de bruces en el frondío charco de sangre, tripas y desechos [...] y

transformada en una fétida sopa de mondongo, cuando los primeros perros mostrencos y los buitres de la fosa común asestaban los mordiscos [...] [pág. 268]

No sobra reiterar: la novela está muy bien construida, pero ese permanente hacer girar un lenguaje castellano que seguramente transluce a Quevedo o Valle Inclán, en función del elemento grotesco y el deleitarse con la flatulencia, la sangre coagulada, las tripas, los olores, etc., hacen una lectura difícil y bastante excluyente a pesar, seguramente, del talento del autor.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

Difícil síntesis

La trampa del deseo

Jorge Guaneme

Ediciones Aurora, Bogotá, 2001,
193 págs.

Desde un calabozo rudimentario que al menos lo deja contemplar el paisaje del mar Caribe, Narciso, el aspirante a escritor, rememora por qué vino a parar tras las rejas, mientras el cadáver de Paola, su compañera de aventuras en esa región virginal y peligrosa, limítrofe con Panamá (y de cuya muerte lo acusan), se descompone al lado, porque no es posible comunicarse con la ciudad para hacer llegar un médico legista. De esta manera comienza *La trampa del deseo* de Jorge Guaneme, y nada hace sentir que en esa remota región al margen de la historia vayan a tener lugar conflictos que terminarán cuestionando de manera radical las complejas relaciones entre literatura y realización vital y entre literatura y moral establecida, así como las posibilidades de superación que implica el acto de crear. Entre los mayores logros de Guaneme está el que problemas de tal